

**IN MEMORIAM JAMES CASEY (1944-2020),  
DOCTOR *HONORIS CAUSA* DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA  
Y MIEMBRO DEL CONSEJO ASESOR DE *CHRONICA NOVA***

INMACULADA ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS\*

El año 2020, tan duro para toda la humanidad a causa de la terrible pandemia de Covid, cuyos efectos sufrimos todavía y que ha cambiado en muchos aspectos la vida de todos nosotros, no pudo terminar de forma peor de como lo hizo: el 27 de diciembre fallecía en Chelmsford, después de una larga y cruel enfermedad, James Casey, una de las más destacadas figuras del hispanismo anglosajón y buen amigo de los modernistas españoles y granadinos en particular. El Consejo de Redacción de *Chronica Nova*, de cuyo Consejo Asesor era miembro desde su creación, me pide que evoque su figura en estas páginas. Acepto el encargo agradecida, como tributo al gran historiador y mejor persona con el que me unía una amistad sin fisuras desde hacía casi cuarenta años.

James Casey, profesor jubilado de la University of East Anglia en Norwich (Reino Unido), no sólo era una gran figura del modernismo, con un gran prestigio científico reconocido a nivel internacional, gracias a su contribución a la renovación historiográfica en el ámbito de la Historia Social y de la Historia de la Familia, sino también un hispanista que ha dedicado toda su trayectoria investigadora de más de cincuenta años a la Historia de España en la Edad Moderna, con especial atención en su última etapa a la Historia de Granada, lo que le vinculó de forma muy estrecha a nuestra universidad, que lo nombró Doctor Honoris Causa en 2013, a propuesta del Departamento de Historia Moderna y de América.

Formado en la Queen's University de su Belfast natal, donde estudió la licenciatura de Historia, pronto se sintió atraído por el pasado de nuestro país, cuya lengua había empezado a estudiar en sus años de alumno de secundaria, como un segundo idioma alternativo al gaélico que se ofrecía entonces en los institutos de Irlanda del Norte. España y la cultura española siempre lo atrajeron. Comenzó a investigar nuestra historia a partir de 1965, año en que, recién licenciado, visitó por primera vez nuestro país, concretamente Salamanca, como alumno de un curso para mejorar su aprendizaje del idioma, y comenzó la realización de su tesis doctoral en la Universidad de Cambridge, bajo la dirección del maestro de los hispanistas británicos, Sir John Elliott. Pertenece, por tanto, a la gran generación de hispanistas modernistas, que siguiendo la senda que iniciaran algunas grandes figuras pioneras, como M. Bataillon, F. Braudel o P. Vilar, tanto ha trabajado para desentrañar nuestra historia, especialmente en sus siglos

\* Universidad de Granada. aarias@ugr.es

modernos, un amplio elenco donde destacan personalidades ya desaparecidas, como B. Bennassar, R. Herr, F. López o L. Domergue, junto a otras que siguen aún plenamente activas, como H. Kamen, R. Kagan, G. Parker, B. Vincent o el citado J. Elliott. Todos ellos han contribuido de forma extraordinaria al avance del conocimiento de nuestro pasado y a la renovación científica y metodológica de la historiografía, así como a mejorar la imagen de España fuera de nuestras fronteras, eliminando estereotipos negativos muy arraigados.

Las primeras investigaciones de James Casey se centraron en el Reino de Valencia en el siglo XVII, un territorio periférico de la Monarquía Hispánica, duramente azotado por la crisis y por la sangría demográfica tras la expulsión de la minoría morisca, banco de pruebas privilegiado para estudiar el enfrentamiento de las fuerzas centrífugas y disgregadoras de los distintos reinos frente a la política centralizadora de la monarquía absoluta. Su tesis doctoral, *The Kingdom of Valencia in the Seventeenth Century*, defendida en la Universidad de Cambridge en 1979, se convertiría pronto en una obra de referencia. Traducida al catalán en 1981 y al castellano dos años más tarde, representa el punto de partida fundamental de una serie de estudios imprescindibles sobre el reino de Valencia en la época moderna, algunos de los cuales fueron recopilados en 2005 en el volumen *La terra i els homes. El País Valencià a l'època dels Àustria*. Su interés por la temática valenciana que, sin desaparecer nunca del todo, le ocupó de forma especial hasta mediados de la década de los ochenta, se plasmó en su participación en numerosos congresos, conferencias y obras de autoría colectiva y le valió en 2004 el reconocimiento por parte de la Universidad de Valencia de ser nombrado Doctor Honoris Causa de la misma.

Establecido en la Universidad de East Anglia (Norwich, Reino Unido) desde los inicios de la década de los setenta, en sus aulas transcurrió la mayor parte de su vida académica hasta su jubilación. Muy pronto se interesó por la Historia de la familia, una temática iniciada en la historiografía británica por Peter Laslett y el *Cambridge Group*, y de la que él mismo ha sido uno de los exponentes más preclaros, con unos planteamientos epistemológicos que en su caso se enriquecen además con las aportaciones de la Antropología Social y de la historiografía francesa de los *Annales*, de cuyos planteamientos siempre se mostró cercano a lo largo de todas sus investigaciones. Su libro *The History of the Family*, publicado en 1989 por la Universidad de Oxford tuvo un extraordinario impacto y es su logro más destacable en este campo. Fue traducido al español, portugués, italiano, sueco y japonés. La huella de Casey en los historiadores de la familia ha sido muy fuerte y se plasma, entre otros, en los historiadores españoles, especialmente en el grupo creado en la Universidad de Murcia por Francisco Chacón y Juan Hernández Franco en torno al Seminario de Estudios de Historia de la Familia, con el que siempre colaboró de forma muy estrecha. Esta dedicación al tema familiar le llevó a decir en alguna ocasión: “Me he dedicado tanto a la familia, que en ocasiones he llegado a desatender a mi propia familia”.

Fueron precisamente estos estudios sobre la historia de la familia los que le hicieron recalcar en Andalucía y más concretamente en Granada, cuando buscaba fuentes para llevarlos a cabo. Encontró abundancia de estas fuentes en los ricos archivos granadinos, especialmente en los de la Real Chancillería, Protocolos Notariales y la Curia Diocesana del Arzobispado de Granada. Como fruto de sus largas estancias en nuestra ciudad y de su paciente e intensa labor investigadora, a partir de los ochenta comenzaron a desgranarse una serie de brillantes estudios de temática granadina, que no han cesado hasta sus últimos esfuerzos investigadores, estudios que lo convierten en un referente imprescindible en la historia del Reino de Granada a lo largo de la modernidad. No corresponde citar aquí a todos ellos, pero si me gustaría destacar algunos títulos relevantes, como su trabajo “Le mariage clandestin en Andalousie à l’époque moderne”, recogido en el volumen *Amours légitimes, amours illégitimes en Espagne, XVIe-XVIIe siècles*, publicado en la Sorbonne en 1985; su estudio “Casa y familia en la Granada del Antiguo Régimen”, realizado en colaboración con Bernard Vincent y recogido en el volumen *La familia en la España mediterránea, siglos XV-XIX*, un libro que es una auténtica partida de nacimiento de la Historia de la familia en nuestro país; su rigurosa y paciente investigación “Matrimonio y patrimonio en un pueblo alpujarreño: Órgiva 1600-1800”, importante contribución al *Encuentro hispano-francés sobre Sierra Nevada y su entorno*, un encuentro llevado a cabo en nuestra Universidad en 1988, que constituyó un importante hito en la apertura de las investigaciones granadinas de humanidades a la colaboración interdisciplinar e internacional; o las clarificadoras páginas que dedicó a “La familia y los procesos de oligarquización”, en la *Historia del Reino de Granada*, dirigida por el profesor Manuel Barrios Aguilera, por desgracia también desaparecido muy recientemente, publicada en el año 2000 por la Universidad de Granada y la Fundación El Legado Andalusi.

Pero, sin duda, los dos hitos más destacables en su temática granadina son dos libros aparecidos ambos hace algo más de una década. El primero de ellos es la monografía *Family and Community in Early Modern Spain: The Citizens of Granada (1570-1739)*, que recoge una rigurosa labor investigadora de más de veinte años sobre los grupos dirigentes granadinos, la oligarquía que durante más de siglo y medio dirigió y controló la ciudad a través del ayuntamiento, donde ofrece un caleidoscópico abanico de temas que abarcan el estudio de sus bases económicas, las estrategias familiares, los valores sociales, e incluso las mentalidades y vida cotidiana de este grupo social. Un hermoso libro publicado por la Universidad de Cambridge en 2007, y traducido al español en 2009, en una coedición de las Universidades de Valencia y Granada. El otro es el volumen *Familia y Sociedad en el Reino de Granada durante el Antiguo Régimen*, publicado por nuestra universidad en 2008, donde se recopilan una decena de trabajos que tienen como lugar común su temática familiar en el ámbito granadino. Dos libros que son el mejor exponente de una labor investigadora de renovadores

planteamientos teóricos y metodológicos, que convirtieron al profesor Casey en una de las figuras más reconocidas de la renovada historia social e incluso del modernismo actual.

Este apresurado y breve repaso a la producción historiográfica de James Casey no quedaría completo sin aludir a otro libro del que todos los españoles debemos sentirnos deudores. Me refiero a su luminosa síntesis *Early Modern Spain. A social History*, publicada en Londres en 1999, por la prestigiosa editorial Routledge, traducida al castellano y editada por la Universidad de Valencia en 2001. A lo largo de sus apretadas más de trescientas páginas, el notable hispanista británico hace una novedosa interpretación de la historia de nuestro país durante la época moderna que rebasa con creces su objetivo inicial de ser una Historia de España destinada a un público europeo, para convertirse, por la originalidad y la lucidez de sus análisis interpretativos, en una referencia obligada para los historiadores españoles. Fue también traducido al castellano y publicado por la Universidad de Valencia en 2001.

Además de la dedicación de buena parte de su producción historiográfica a la historia granadina, me gustaría también resaltar su vinculación a Granada y a nuestra universidad. Desde su llegada a nuestra ciudad a principios de la década de los ochenta, James Casey, hombre de gran generosidad personal e intelectual, estableció pronto una estrecha relación con los modernistas granadinos. Esta relación, que fue primero sobre todo de carácter personal, pronto se tradujo en una fructífera colaboración institucional, que se plasmó durante casi treinta años en una participación muy activa en las diversas actividades docentes e investigadoras del Departamento de Historia Moderna y de América. La presencia del profesor Casey se hizo relativamente frecuente en nuestras aulas, participando en numerosas ocasiones en congresos, ciclos de conferencias, seminarios o en la docencia de programas de doctorado y máster, en los que ha impartido enseñanzas como profesor invitado. Forma parte, además, del Consejo Asesor de la Revista *Chronica Nova*, que edita este departamento, como ya se ha señalado, y siempre ha estado presto a colaborar con nuestra revista de forma especialmente activa, con sus orientaciones e iniciativas y también a través de la aportación de sus artículos y reseñas, en una labor que, sin lugar a dudas, ha contribuido a elevar el crédito que hoy goza nuestra publicación en la comunidad científica.

Y, por supuesto, durante todos estos años, ha estado siempre abierto a la colaboración con sus colegas granadinos, no solo con aquellos que se ocupan de temáticas afines a sus campos de investigación, como son la historia social y la historia de la familia, sino también con todos en general, de forma muy especial los jóvenes investigadores, que siempre han gozado de su magisterio, consejo, ayuda y colaboración, plasmadas en estancias en el extranjero o en la participación en proyectos de investigación. Son muchos los ejemplos que podría poner de esta colaboración estrecha con los historiadores granadinos, pero voy a citar algunas de las últimas. Su participación destacada entre un centenar de

historiadores españoles y extranjeros en el magno congreso internacional *Los moriscos: historia de una minoría*, coordinado por Manuel Barrios en 2009, con motivo de la conmemoración del IV Centenario de la definitiva expulsión de este colectivo; su conferencia de clausura en la *XI Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, que tuvo lugar en Granada en junio de 2010, auspiciada por el Departamento de Historia Moderna y de América y en particular por sus profesores Juan Luis Castellano y Miguel Luis López-Guadalupe; o su participación como ponente un año más tarde en el Coloquio *Vida cotidiana y relaciones sociales en Andalucía y América (Siglo XVIII)*, que cerró un proyecto de investigación del que yo era investigadora principal. Siempre estaba dispuesto a colaborar con todos nosotros.

En julio de 2010, en vísperas de su jubilación, la Universidad de East Anglia le ofreció una jornada de homenaje en la que fuimos invitados un grupo relativamente pequeño de sus colegas más cercanos. Junto a un selecto elenco de hispanistas (J. Elliott, B. Vincent, J. Amelang, R. Kagan, G. Parker, S. Evangelisti) estuvimos un reducido grupo de historiadores españoles (F. Chacón, X. Gil, M. Rodríguez Salgado, M. Ardit y yo misma) que a través de dos sesiones de mañana y tarde, departimos acerca de su obra y presentamos en su honor trabajos inéditos propios, cercanos a las líneas de investigación que le habían ocupado a lo largo de su vida académica. Estos trabajos fueron recopilados en un libro: *Comunidad e identidad en el mundo ibérico/Community and Identity in the Iberian World. One-day Symposium in Honour of Jim Casey*, coeditado en 2013 por las tres universidades españolas con las que había colaborado de forma más estrecha: Valencia, Granada y Murcia.

Cuando se produjo este homenaje la enfermedad de Parkinson, que lo aquejaba desde hacía bastantes años hasta entonces de forma bastante desapercibida y que solo conocíamos sus amigos más íntimos, empezaba a hacerse cada vez más evidente. Sus colegas del Departamento de Historia Moderna y de América no quisimos demorar más el proponer su nombramiento como Doctor Honoris Causa de la Universidad de Granada, como reconocimiento a lo mucho investigado sobre nuestra historia y a su estrecha colaboración con nuestra universidad. La propuesta fue acogida por la Facultad de Filosofía y Letras, a la que se sumaron de forma entusiasta otros centros, como la Facultad de Derecho y la Facultad de Comunicación y Documentación. Tras las aprobaciones del Consejo de Gobierno y Claustro de nuestra Universidad, culminaría en el acto de investidura celebrado el 7 de junio de 2013, en el que pronunció un hermoso discurso sobre el tema: *Poesía y verdad en la obra de Cervantes*. Un acto inolvidable en el que tuve la fortuna de participar como madrina con el apoyo de todo el departamento y al que asistieron muchos de sus amigos modernistas españoles. Fue su última visita a Granada en unas jornadas para el recuerdo en las que tuvimos ocasión de convivir con él y con su esposa Josyane. No olvidaré nunca la tarde pasada junto a ellos y mi compañero Francisco Sánchez-Montes en los jardines del Carmen

de la Victoria, donde se alojaba, departiendo sobre lo divino y lo humano, como a él le gustaba, o la visita a su querida Alhambra en la que los acompañamos mi compañero Miguel López-Guadalupe y yo. Unas hermosas fotos sirven para refrescar mi memoria.

A partir de ese verano su estado de salud fue deteriorándose progresivamente. La visita a Granada fue su última venida a España. Pronto necesitó ayuda para desplazarse y sus dificultades cada vez mayores le obligaron a abandonar la hermosa ciudad de Norwich, para establecerse en Chelmsford, buscando el auxilio familiar en la cercanía de uno de sus dos hijos. Tuvo que sufrir entonces, como me contaba, el desgarró de desprenderse de parte de su biblioteca y tener que elegir entre qué libros tenía que abandonar y cuáles podían acompañarle en su nueva residencia. Allí han transcurrido sus últimos años, unos años tranquilos, de lectura y trabajo sobre la figura de Cervantes, una temática que le apasionaba y a la que dedicó sus últimos esfuerzos. Un tiempo en el que el contacto con sus amigos españoles lo ha mantenido por carta —era una de esas personas que amaba la relación epistolar escrita, “de puño”, como él decía— y más tarde, cuando ya tenía muchas dificultades para escribir, a través del correo electrónico o por teléfono.

No me gustaría terminar esta breve semblanza de James Casey, en la que hasta ahora he hablado sobre todo del historiador, sin hablar de la persona, del amigo entrañable que ha sido para mí y también para muchos de nosotros. Lo conocí, creo recordar, en 1984 con motivo de una conferencia que impartió en el Instituto de Ciencias de la Educación de Granada, durante una de sus estancias de investigación en nuestros archivos. Nos presentó Juan Luis Castellano, su amigo entrañable también tristemente desaparecido hace ya más de una década. Desde un primer momento se estableció entre nosotros una corriente de simpatía, alimentada por su gran calidad humana. Una corriente de simpatía que Jim, como le llamábamos todos sus amigos británicos y españoles, despertaba entre todos los colegas que lo conocieron y que fue la causa de que a lo largo de los años fuera haciendo grandes amigos en Valencia, en Granada o Murcia, porque en el trato directo Jim era una persona amable, sencilla y cercana, nada endiosada pese a su gran calidad intelectual.

Era un gran amante de España y de la historia y cultura española, que conocía como pocos; dominaba perfectamente nuestra lengua y era además un gran lector. Recuerdo cómo era capaz de redactar muchos de sus trabajos directamente en castellano, o incluso en catalán, lengua que había aprendido de forma bastante solvente para sus investigaciones valencianas. El castellano que hablaba y escribía correctamente, era en su caso una lengua contaminada en cierto sentido por sus muchas lecturas de la literatura de nuestro Siglo de Oro, lo que le llevaba en ocasiones al uso de expresiones o palabras perfectamente correctas y adecuadas, pero que nos retrotraen siglos atrás. Era un hombre muy dotado para los idiomas. Casado con Josyane, de nacionalidad francesa, el francés

era el idioma que empleaba en casa con su esposa y con sus hijos Emmanuel y Nicolás. También conocía con solvencia otras lenguas como el alemán y el italiano. Volviendo a su amor por España y nuestra cultura, recuerdo muchas conversaciones con él sobre literatura española, que leía con frecuencia y conocía perfectamente no sólo en sus clásicos, sino también en sus contemporáneos. Puedo señalar, por ejemplo, cómo me descubrió a un autor español entonces olvidado y que ha sido recuperado recientemente, Arturo Barea y su trilogía *La forja de un rebelde*, impresionante obra que leí gracias a su consejo. Podría poner muchos más ejemplos de cómo su amistad enriqueció mis lecturas, a través de las muchas conversaciones que tuvimos en sus múltiples estancias en Granada o durante mi estancia en la Universidad de Norwich en 1988, etapa en la que se consolidó nuestra amistad, o más recientemente a través de sus cartas o llamadas telefónicas.

Jim Casey era un hombre sencillo, amante de su trabajo al que dedicó todos sus esfuerzos y en el que centró toda su vida. Un rasgo de su carácter que lo definía era el tesón –palabra que le gustaba mucho-, la voluntad, el empeño que ponía en lo que hacía, incluso en las etapas en que la enfermedad lo castigaba con dureza; un tesón que estuvo presente en su día a día hasta su última etapa. Nunca le atrajeron los cargos y permaneció al margen de la lucha por el poder o de la búsqueda de honores y reconocimiento, algo tan frecuente por desgracia en la universidad. Siempre estuvo alejado de todo aquello que lo distrajera de sus dos pasiones, la docencia y sobre todo la investigación. De su pasión por esta última creo que he dado ya cuenta, tengo además constancia de que era un gran docente. Lo sé gracias a la opinión que mereció de los alumnos españoles que tuvieron la suerte de seguir sus enseñanzas de máster y doctorado en Granada. Pero por encima de todo era un hombre bueno. Cuando en los días siguientes a su muerte sus amigos españoles consternados hablábamos entre nosotros y evocábamos su figura, todos resaltábamos su bondad. Sin duda, para todos nosotros, Jim era una de las mejores personas que hemos conocido. Él era además un hombre de fe, católico practicante, que encaró el sufrimiento de sus últimos años con dignidad y entereza y con un hondo sentido de trascendencia. Descanse en paz. Ante el dolor de la pérdida irreparable, sus amigos tenemos su obra, sus escritos, su recuerdo... Nunca lo olvidaremos.